

La condición del adulto mayor en los hogares de Montevideo.

Carolina Alondra Guidotti Gonzalez.

Cita:

Carolina Alondra Guidotti Gonzalez (2009). *La condición del adulto mayor en los hogares de Montevideo*. X Jornadas Argentinas de Estudios de Población. Asociación de Estudios de Población de la Argentina, San Fernando del Valle de Catamarca.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/xjornadasaepa/74>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eAKp/kag>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La condición del adulto mayor en los hogares de Montevideo, Uruguay.

Carolina Alondra Guidotti Gonzalez
Instituto de Filosofía e Ciências Humanas,
Universidad Estadual de Campinas (UNICAMP)
E-mail: actelian@gmail.com

Resumen

Este trabajo esboza un panorama de las configuraciones familiares de los hogares de Montevideo en los que los adultos mayores viven y caracteriza las condiciones socioeconómicas de los mismos. Su objetivo es mostrar en qué medida los adultos mayores, beneficiarios de un sistema de previsión social con alta cobertura (que los coloca en situación económica favorecida en relación a los grupos más jóvenes), participan de dinámicas de redistribución de los beneficios recibidos en hogares en los que conviven con otras generaciones. En ese análisis el peso de la desigualdad económica es considerado clave para comprender las dinámicas de redistribución de ingreso, así como para delimitar las formas de solidaridad intergeneracional. Este esfuerzo por conocer los escenarios domésticos en que se producen transferencias intergeneracionales que envuelven la población de 65 y más años se enmarca en el escenario de un país que, en relación a los países de América Latina, ha atravesado tempranamente el proceso de transición demográfica y cuenta con altas tasas de envejecimiento. Como insumo para el análisis fueron utilizados datos de la Encuesta Continua de Hogares del Instituto Nacional de Estadística correspondientes a los años 2001 y 2007.

Introducción

Uruguay es en la actualidad uno de los países más envejecidos de América Latina. Según datos censales, la proporción de personas de 65 años y más representaba en 2004 el 13% de la población y el índice de envejecimiento¹ indicaba que en ese año residían en el país 56 adultos mayores por cada 100 menores de 15 años (INE, 2004).

¹ El índice de envejecimiento es calculado como el cociente entre la población de más de 64 años y la población de menos de 15 años.

Tanto en Uruguay como en Argentina la transición demográfica² se produjo tempranamente en relación al resto de los países de América Latina. Dicho proceso tuvo inicio entre fines del SXIX y comienzos del SXX y actualmente se encuentra en una fase muy avanzada, lo que se traduce en una estructura poblacional envejecida. El descenso de la mortalidad y la emigración internacional han contribuido al proceso de envejecimiento poblacional, pero más importante ha sido, para el mismo, el peso del descenso de la fecundidad, derivando en un crecimiento relativamente más elevado de la población considerada adulto mayor. A pesar de ser un proceso consolidado hace varias décadas las tendencias de los últimos años y las proyecciones a futuro indican que la sociedad uruguaya continúa y continuará envejeciéndose (Bucheli, Forteza & Rossi, 2006).

El envejecimiento de la población acarrea cambios en las familias, ya que puede decirse que estas también envejecen. Ese proceso puede ser medido a través del aumento de las familias con adultos mayores y por la mayor verticalización de las mismas, es decir, por la coexistencia de varias generaciones dentro de ellas (Camarano, Kanso, Mello & Pasinato 2004).

Estudiar la vejez en Uruguay, adentrarse en alguna de las múltiples dimensiones de esa temática, significa ingresar en un campo relativamente poco explorado y que demanda atención, especialmente si se tiene en cuenta la proporción de personas mayores que habitan en el país. Al haber sido paulatino y lento el proceso de envejecimiento demográfico y al contar el país con una estructura abarcadora en términos de seguridad social, la vejez desde las ciencias sociales no fue percibida, hasta hace algunos años, como un problema de inminente centralidad. Los estudios sociodemográficos de la vejez son actualmente escasos dentro de la producción uruguaya y lo son todavía más en lo que respecta al abordaje del tema desde la perspectiva de la familia.

El presente trabajo tiene por objetivo el estudio de las configuraciones familiares con miembros ancianos y las condiciones socioeconómicas asociadas a ellas. El foco de análisis se sitúa en la caracterización de los hogares con miembros ancianos atendiendo a los tipos de configuraciones familiares en que los adultos mayores están insertos, a la distribución de recursos económicos en los mismos y considerando los diferenciales entre sexos, que puedan imprimir entre ellos características dispares. De esta forma intentaremos disponer ideas que delineen los modos y sentidos en los que se producen intercambios intergeneracionales. El

² “La transición demográfica ha sido definida como un proceso prolongado que transcurre entre dos situaciones extremas: la primera con bajo crecimiento de la población, en que se registran altas tasas de mortalidad y natalidad, y otra final que también registra bajo crecimiento poblacional pero con bajos niveles de ambas tasas. La transición se inicia con el descenso de la mortalidad, seguido por el descenso de la fecundidad, y continúa en un proceso de descensos de ambos indicadores hasta alcanzar la etapa final mencionada” (Varela Petito, 2007, p21).

alcance de esa caracterización está circunscrito a hogares de Montevideo, capital y mayor concentración demográfica del país (41% de la población total en 2004)³, que presenta una población muy envejecida, con altas proporciones de adultos mayores, baja natalidad y tendencias migratorias que tienden a reforzar ese proceso (Paredes, 2004). Esbozaremos un panorama de algunos cambios ocurridos durante el período de estudio, demarcado entre los años 2001 y 2007.

La hipótesis central de este trabajo postula que, en los últimos años, se han producido cambios en las configuraciones familiares con miembros adultos mayores. Cambios que son reflejo de tendencias de mayor alcance y que pueden ser entendidos en el marco del contexto económico y socio cultural. En esa coyuntura la familia se convierte en un espacio de apoyo y de intercambio de servicios. Se postula la existencia, en los hogares montevideanos con miembros adultos mayores, de circuitos de intercambio intergeneracionales de bienes y servicios, que poseen una dinámica bidireccional. Según esta hipótesis el adulto mayor está ocupando, no simplemente un rol de dependiente en el hogar, sino que contribuye activamente, de forma económica y simbólica, al cuidado del hogar y sus dinámicas, e inclusive, al cuidado de otros dependientes. Por otro lado consideraremos que es en los hogares más carenciados dónde se produce con más fuerza esa contribución, es decir, sostenemos que las expresiones de solidaridad intergeneracional al interior de los hogares están mediadas por las características socio-económicas de los mismos.

Enfoque metodológico y categorías de análisis

El trabajo a ser llevado a cabo es de tipo descriptivo y exploratorio. La aproximación al objeto de estudio es de tipo cuantitativo y la fuente de datos utilizada de tipo secundario: datos provenientes de la Encuesta Continua de Hogares (ECH) del Instituto Nacional de Estadística (INE), de los años 2001 y 2007⁴.

³ Calculado en base a datos del Censo Demo 2004 Fase I, Instituto Nacional de Estadística, INE.

⁴ La ECH es realizada por el Instituto Nacional de Estadística sin interrupciones desde el año 1968. Como su nombre lo indica, es de carácter continuo y releva información durante los 365 días del año. Su marco muestral estaba basado hasta 2005 en los listados por zona censal del VII Censo de Población, III de Hogares y V de Viviendas de mayo de 1996; a partir de 2006 fue utilizado un marco muestral que surge del Censo de Población, Hogares y Viviendas Fase I del año 2004. En términos de desagregación espacial, la muestra ofrece estimaciones en las variables básicas sobre una base anual al nivel de departamento. El muestreo es de orden probabilístico y estratificado. Las temáticas abordadas tradicionalmente por la ECH refieren a ingresos, participación en la fuerza laboral, algunas características de los hogares y acceso a los servicios básicos. Las unidades de análisis son los hogares particulares y las personas que residen en ellos (INE, 2006). Las bases de datos utilizadas, correspondientes al departamento de Montevideo, constan de 30794 casos –personas – correspondientes a 18478 hogares en 2001; de 57520 personas y 20674 hogares en 2007.

Para categorizar los arreglos domésticos ha sido utilizada la tipología empleada por el Instituto Nacional de Estadística (INE) en el censo 2004. Cada tipo de hogar es definido como sigue:

- Hogar unipersonal: Es el hogar particular integrado por sólo una persona.
- Hogar nuclear con hijos: Es el hogar particular integrado por uno o ambos cónyuges e hijos.
- Hogar nuclear sin hijos: Es el hogar particular integrado por ambos cónyuges sin hijos.
- Hogar extendido: Corresponde a un hogar nuclear más otros parientes, o a una persona con otros parientes.
- Hogar compuesto: Corresponde al hogar nuclear o al hogar extendido más otra u otras personas cuya relación con el jefe del hogar no es de parentesco. Incluye aquellos hogares en los que el personal de servicio doméstico mora en el hogar.

Esa categorización fue considerada idónea para el análisis en primer lugar porque permite la elaboración de un mapa general que consigue abarcar a la totalidad de los hogares, y permite, al mismo tiempo adentrarse en especificidades en términos de relaciones de parentesco⁵.

En relación a la medición del ingreso, cabe señalar que las variables con las que se recavaron informaciones fueron modificadas y enriquecidas de la ECH 2001 a la ECH 2007. Para el año 2001 la base de datos del INE provee de una variable agregada que mide el ingreso total corriente de las personas. La sumatoria de esos ingresos corresponde a otra variable agregada que mide los ingresos totales del hogar. Para 2007 realizamos el cálculo de una variable que estima el total de ingresos del hogar (siguiendo como modelo una variable agregada que el INE construyó para el año 2006). Éste incluye la sumatoria del ingreso de todos los miembros del hogar, y a este se le suma el ingreso correspondiente a prestaciones del hogar, que no son adjudicadas a un miembro en particular: es el caso de algunos beneficios recibidos por prestaciones de políticas sociales dirigidas al hogar.

Por considerar la información correspondiente a dichos beneficios de importancia para enriquecer el análisis – ya que refiere mayoritariamente a la población de bajos recursos – optamos por incluirla en el cálculo del ingreso de los hogares en 2007. Así, la variable de ingreso de los hogares, tal como fue calculada en este trabajo, no es directamente comparable de 2001 a 2007, pero si lo es la de ingresos personales

⁵ En algunos casos fue obviado el análisis de los hogares compuestos, debido a que estos representan una parcela pequeña de los hogares con adultos mayores y muestran en su interior un alto grado de variabilidad en número de componentes y relaciones de parentesco

Transferencias intergeneracionales, familia y hogar: cuestiones conceptuales

Puede pensarse la familia como ámbito privilegiado para el estudio de las transferencias intergeneracionales, por considerar que esta intermedia las relaciones entre los individuos y el mercado, así como también las relaciones entre estos y el Estado, distribuyendo beneficios entre sus miembros y ejerciendo un rol de cuidadora de los dependientes (Camarano y Pasinato 2002). Como señalan las autoras, en la familia y en torno a ella, se configuran circuitos de solidaridad intergeneracional conectados entre sí, que están mediados por la negociación y el conflicto. A ello puede agregarse, siguiendo a Therborn (2006), que existe dentro de ella un equilibrio entre el padrón de derechos y obligaciones, y por otro lado, una determinada distribución de recursos de poder entre sus miembros.

Sin embargo, a pesar de la pertinencia conceptual del término, como no existe consenso entre los estudiosos del área sobre la forma en que deben ser definidas las unidades familiares, para evitar equívocos o dobles sentidos en su utilización⁶, usaremos aquí del el concepto “hogar”, que cuenta con una definición más recortada y operativa, pero al que también puede adjudicársele las características arriba descritas:

[hogar] Es la persona o grupo de personas que habitan bajo un mismo techo y que al menos para su alimentación, dependen de un fondo común. Estas personas suelen efectuar la unificación de sus ingresos, mediante la constitución de un presupuesto común, y establecer el uso compartido de bienes durables o no durables. Por lo general, este grupo está integrado por un conjunto de personas vinculadas entre sí por lazos familiares, pero no es necesario que sean parientes para cumplir con la definición de hogar. También puede estar constituido por una sola persona (INE, 2006, p.25).

Por otra parte, como transferencias serán considerados los flujos de intercambio y circulación de recursos, acciones e información, siguiendo la topología definida por Hanchuan, Guzman y Montes de Oca (2003) en base a Khan y Antonucci (1980). Son considerados por los autores cuatro categorías de transferencias o apoyos: materiales, instrumentales, emocionales y cognitivos. Será privilegiado en este trabajo el análisis de los dos primeros tipos, que incluyen flujos de recursos (monetarios o no monetarios), como dinero, remesas, regalos; así como ayuda en las tareas domésticas, transporte, cuidado o compañía.

⁶ Sobre esa discusión ver: Bilac (2003) y Goldani, (1984).

La estructura de los hogares montevideanos y la presencia de adultos mayores

Se entiende como envejecimiento poblacional el cambio producido en la estructura de edades de una población, en la cual la proporción de personas que son consideradas adultos mayores aumenta su peso relativo. Son consideradas aquí, adultos mayores las personas con 65 años o más⁷; sin desconocer las discusiones acerca de la idoneidad de considerar una edad cronológica para demarcar al conjunto de población anciana, utilizaremos esa delimitación por hallarla de utilidad operacional.⁸

En Uruguay, el país más envejecido de América Latina, las personas de 65 años y más representaban en 2001 el 13,1% de la población y el 13,4% en el año 2007⁹. Dentro del país, el departamento de Montevideo cuenta con una estructura de edades particularmente envejecida, siendo en 2006 el departamento con mayor proporción de adultos mayores después de Lavalleja y Colonia (Paredes, 2008). La proporción de personas de 65 años y más en el año 2001 representaba el 14,7% de la población, y un 15% en 2007¹⁰.

Los hogares con adultos mayores y la condición de jefatura

Si pensamos en la definición de jefatura utilizada por el INE, jefe de hogar es “aquella persona (hombre o mujer) reconocida como tal por los demás integrantes del hogar” (INE, 2007, p.21). En términos generales, la condición de jefe suele estar asociada a la importancia del aporte financiero de ese miembro para el hogar. En términos de imaginario, la jefatura ha estado vinculada a la existencia de un proveedor único del ingreso familiar: el padre de familia. Ese imaginario se corresponde con el modelo de familia nuclear con hijos en donde el rol de la mujer-esposa se desenvuelve en el ámbito privado y el del hombre-jefe en la esfera pública. Las percepciones que las personas tienen de esos roles e instituciones han ido cambiando, así como también se verifican cambios en los roles de las personas en el hogar y en relación a la familia durante las últimas décadas, que hacen que ese modelo – conocido como “breadwinner” – no sea aplicable para Uruguay desde hace varias décadas (Filgueira &

⁷ Ese límite fue escogido según la definición de la Ley N° 17.066, que fija la política general en materia de ancianidad en Uruguay. Los términos “adulto mayor” y “anciano” son aquí utilizados como equivalentes, obviando posibles connotaciones que cada uno pueda tener (como ser referencias peyorativas o segregacionistas)

⁸ Camarano señala la complejidad de la demarcación de edades límites biológicas para la definición de esta categoría y señala tres obstáculos principales: “O primeiro diz respeito à homogeneidade entre indivíduos, no espaço e no tempo; o segundo, à suposição de que características biológicas existem de forma independente de características culturais; e o terceiro à finalidade social do conceito de idoso. É extremamente difícil superar simultaneamente esses três obstáculos mas isso não quer dizer que não devam ser considerados quando se debate acerca de idosos”. (Camarano, 1999, p.3). Sobre esa discusión ver también: Fernandes (2001).

⁹ Datos calculados en base a proyecciones del Instituto Nacional de Estadística, INE, Revisión 2005.

¹⁰ Ídem.

Fuentes, 1996). Quien es considerado jefe no siempre es aquella persona que realiza el mayor aporte monetario al hogar: muchas veces la participación en asuntos domésticos o el cuidado de otros miembros es clave para la adjudicación de dicho rol. Por ejemplo, condiciones de salud precarias en las edades avanzadas pueden erosionar las bases del liderazgo doméstico. La distribución de poderes en términos de relaciones de género y de generación estará configurando esa jerarquización. En el período en estudio, el aumento de los hogares con jefatura anciana puede estar vinculado a esa mudanza (Cuadro I). Ello, sin dejar de considerar que, como veremos más adelante, parte de ese aumento se explica por la presencia de más ancianos viviendo solos.

CUADRO I
HOGARES CON ADULTOS MAYORES SEGÚN CONDICIÓN DE JEFATURA,
MONTEVIDEO, 2001 Y 2007.

	2001	(%)	2007	(%)
Hogares sin adultos mayores	254.532	63,1	291.287	66,5
Hogares con adultos mayores	149.094	36,9	146.736	33,5
Hogares con jefe adulto mayor	123.680	83	125.476	85,5
Hogares con miembros adulto mayores (no jefes)	25.414	17	21.260	14,5
Total de hogares	403.626	100	438.023	100

**Fuente: Elaboración propia en base a datos de la ECH 2001 y 2007.*

Hogares y configuraciones domésticas

Como señalado por Filgueira y Fuentes (1996), desde hace varios años la composición de los hogares uruguayos está transitando por un camino en el que los arreglos domiciliarios ganan diversidad, en desmedro de la familia nuclear con hijos, que va perdiendo peso proporcional en el total de las configuraciones domésticas. En ese marco de transformaciones, los hogares unipersonales tendieron a aumentar en Montevideo durante los últimos años. Ese aumento está influenciado en parte, por el comportamiento de los adultos mayores. Como muestra el Cuadro II, los hogares unipersonales de adultos mayores que representaban el 27% de los arreglos de hogar en 2001, pasan a representar en 2007 el 35%, siendo en el último año el tipo de arreglo que se configura como predominante entre los hogares con ancianos, seguido por los hogares de tipo nuclear.

CUADRO II
DISTRIBUCIÓN DE LOS TIPOS DE ARREGLOS DOMÉSTICOS PARA HOGARES
CON O SIN ADULTOS MAYORES, MONTEVIDEO, AÑOS 2001 Y 2007 (%)

	Total de los hogares (%)		Hogares sin adultos mayores (%)		Hogares con al menos un adulto mayor (%)	
	2001	2007	2001	2007	2001	2007
Unipersonal	17,8	23,3	12,3	17,5	27,1	34,9
Nuclear sin hijos	16,2	17,2	11,8	14	23,7	23,5
Nuclear con hijos	45,7	43,4	61,2	56,2	19,3	17,9
Extendido	17,7	13,5	12,2	9,7	27	20,8
Compuesto	2,6	2,6	2,5	2,5	2,9	2,8
Total	100	100	100	100	100	100

**Fuente: Elaboración propia en base a datos de la ECH 2001 y 2007.*

Las configuraciones nucleares sin hijos ganaron peso, y las con hijos lo perdieron, pero ese cambio es poco influenciado por población anciana, y está más vinculado a cambios en hogares de adultos jóvenes. Al mismo tiempo disminuyeron proporcionalmente en el período los hogares extendidos, especialmente aquellos con miembros de 65 años y más. Con esto puede verse que los hogares con miembros ancianos, ya se encuentren estos en la condición de jefes o no jefes, presentan una estructura diferenciada de aquellos sin adultos mayores.

Para entender mejor esas diferencias, introduciremos aquí el concepto de ciclo de vida. Dicho concepto funcionó como un importante principio organizador en la literatura proveniente del área socio demográfica que estudiaba a la familia. Este parte de una perspectiva dinámica, que vincula el tiempo biológico-individual al tiempo histórico-social (Oliveira, 1982). Alude a la serie de etapas por las que típicamente¹¹ las familias atraviesan: comienza con la formación y unión de una pareja, continúa con el aumento del hogar con el nacimiento de los hijos. Con la salida de los hijos del hogar, éste tiende a volver a ser conformado por las dos personas que lo formaban en su origen. Cuando una de esas personas muere, el ciclo de vida familiar llega a su fin (Sweet, 1977). Dado que esta perspectiva no consigue dar cuenta completamente de los cambios que ocurrieron en las familias y en las vidas individuales en las últimas décadas, el concepto de “curso de vida” tomó centralidad en ese tipo de estudios (Elder, 1987). Sin embargo, el “ciclo de vida” continúa siendo proveedor de algunas categorías de utilidad para el análisis.

En Montevideo los hogares nucleares sin hijos con algún miembro adulto mayor son en la mayoría de los casos conformados por parejas de ancianos. Pensando en términos de la

¹¹En el sentido típico ideal weberiano.

perspectiva del ciclo de vida de la familia ello indica el arribo de esos hogares a una etapa tardía: la del nido vacío, en la que los hijos dejan de formar parte del hogar para conformar nuevos arreglos. El peso relativo de ese tipo de configuración doméstica era mayor en 2001 que en 2007 y presumiblemente ello esté relacionado al aumento relativo de uniones sin hijos entre las personas menores de 65 años. Por otra parte, la mitad de los hogares unipersonales montevideanos eran en 2007 hogares de adultos mayores, siendo ese porcentaje constituido por un 35% de personas de 65 a 79 años y por un 15% de personas de 80 años y más. Este último grupo, en números absolutos, representa aproximadamente 15.500 personas.

Así, teniendo en cuenta la tendencia a la feminización del envejecimiento y el diferencial medio en años que existe en las uniones formales entre el hombre y la mujer (en dónde el hombre es algunos años mayor¹²), puede plantearse la cuestión de si el aumento de los hogares unipersonales está asociado a situaciones de abandono-pérdida (muerte del cónyuge, salida de los hijos, etc.) o es configurado como una alternativa de independencia para el adulto mayor. Introduciremos el análisis de los diferenciales según sexo para intentar echar luz sobre esa cuestión.

Diferenciales por sexo

Hombres y mujeres envejecen de formas diferentes. Las diferencias de género marcan el transcurso vital de las personas y estas tienen expresiones particulares durante la fase del envejecimiento. Diferentes niveles de participación en el mercado de trabajo, grados diferentes de escolaridad alcanzados, tendencias dispares en la nupcialidad, perfiles de mortalidad y morbilidad diferenciales, participación más o menos acentuada en redes sociales y otros muchos factores, desembocan en procesos de envejecimiento disímiles para hombres y mujeres.

Por otra parte, cuando se considera a la población anciana de forma agregada, es preciso tener en cuenta la tendencia a la feminización del envejecimiento. Debido a que las tasas de mortalidad, aun en las edades más avanzadas, suelen ser más altas entre los hombres que entre las mujeres, cuanto más envejecida es una población, mayor es el porcentaje de mujeres entre los adultos mayores. Según datos de la Encuesta Continua de Hogares, en 2007 el índice de masculinidad era de 84 hombres por cada 100 mujeres en la población de Montevideo. Entre la población de 65 años y más ese índice era de 62 hombres cada 100 mujeres en 2001 y de 57 en 2007, según datos de la misma fuente.

¹²La diferencia entre hombres y mujeres en la edad media de los novios al casarse varía entre 5, 4 años en 1907 a 3 años en 2000 (INE, 2002).

Así también encontramos que para los hogares con jefes adultos mayores la proporción de mujeres ejerciendo ese papel es mayor que para la población de otros tramos de edad. Además, la jefatura adulto mayor de los hogares montevideanos tendió a feminizarse en el período 2001- 2007: la tasa de jefatura femenina pasó de 46 a 55 jefas mujeres de cada 100 mujeres adultas mayores, mientras que la tasa de jefatura masculina pasó de 89 jefes de cada 100 hombres adultos mayores en 2001, a 86 en 2007. Ese aumento en la proporción de jefatura femenina, no sólo se relaciona con diferenciales en la mortalidad, sino que también puede estar ligada a cambios en las relaciones de género o, como anteriormente señalado, a cambios en la percepción y declaración de quien es considerado jefe de hogar.

Al mismo tiempo, llama la atención que de los adultos mayores en condición de miembros no jefes del hogar (y en donde la jefatura es ejercida por un miembro no adulto mayor), el 83 % en 2001 y el 79% en 2007 son mujeres. Ello también se refleja en el valor de la tasa de jefatura masculina elevada y puede estar determinado por padrones culturales de asignación de jerarquías al interior del hogar, en donde el hombre adulto mayor tiene más chances de ser considerado jefe de hogar (más allá de que exista una tendencia a la convergencia hacia 2007).

Otro de los diferenciales entre hombres y mujeres, que determinan condiciones desemejantes en relación a su participación en el hogar – y no sólo en relación a la condición de jefatura – deviene de las variaciones de las condiciones de salud entre géneros. Cómo señala Saad (2003), el que las mujeres tiendan a vivir más que los hombres hace con que las mujeres ancianas experimenten mayor probabilidad de presentar alguna dificultad en actividades funcionales (tales como caminar en la casa, ducharse, vestirse, comer, y utilizar el baño) o instrumentales (tales como preparar comida, cuidar del propio dinero, hacer compras, tomar medicinas, y limpiar la casa) en comparación a los hombres¹³. Ello no quita que, aún en edades avanzadas la mujer tienda a hacerse cargo de los cuidados del hogar.

Como se desprende de lo señalado en relación al aumento de las configuraciones unipersonales, la tendencia al aumento de la jefatura femenina es en parte originada por el incremento de la proporción de los hogares de mujeres solas. Si se recalcula la tasa de jefatura femenina para los arreglos de convivencia de más de dos personas encontramos que esa tasa se reduce de 46 a 27 mujeres jefas cada 100 adultas mayores en 2001 y de 55 a 31 en 2007. Como señalado, el aumento de hogares unipersonales de mujeres tiene que ver, entre otros factores, con la sobremortalidad masculina, asociada a la condición de viudez en el caso de

¹³ Como señalado por el autor, ello puede deberse en parte al hecho de que las mujeres suelen informar con mayor fidelidad sus condiciones de salud. Ver Saad, (2003).

mujeres que fueron casadas¹⁴ y al aumento en las tasas de divorcio. La existencia de un alto porcentaje de hogares con configuraciones monoparentales¹⁵ en los que la madre ejerce la jefatura del hogar (Filgueira; Fuentes, 1996; Cabella, 2007), vinculado a la emancipación de los hijos del hogar – tendencia, esta última que se acentúa a medida que aumenta la edad – acrecienta la probabilidad de formación de ese tipo de configuración.

Ello revela una distribución jerárquica fuertemente patriarcal, en donde el porcentaje de jefas mujeres en hogares donde convive una pareja de adultos mayores es bajísimo.

Los hogares extendidos: el caso particular de abuelos y nietos convivientes

El aumento del número de adultos mayores en la población, junto con el aumento de su expectativa de vida, posibilita la coexistencia de varias generaciones en una misma familia, y ello puede traducirse en una mayor convivencia de varias generaciones dentro del hogar. Ello faculta cambios en la relación entre las generaciones y en las estrategias que estas desarrollan para sobrevivir (Pérez, Queiroz & Turra, 2006).

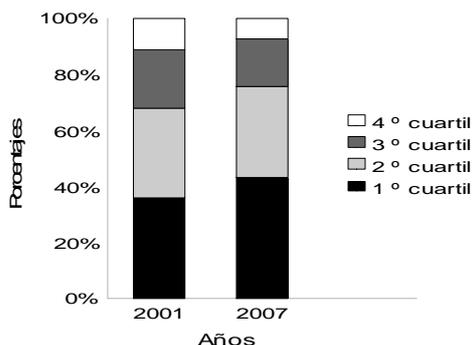
En 2007 el número hogares extendidos con jefatura adulto mayor en los que convivían nietos y abuelos era aproximadamente 11.730: ello representa dos tercios de los hogares extendidos montevideanos con jefatura adulto mayor. Sin embargo, esa convivencia no se produce de forma similar entre hogares con niveles de ingreso diferentes. En el Gráfico 1 es mostrado el porcentaje de hogares con abuelos y nietos convivientes que corresponde a cada nivel de ingreso. Fueron delimitados cuatro grupos en base a cuartiles de ingreso, en función de ingreso per cápita de los hogares¹⁶. Más del 40 % de los hogares en los que ocurre dicha convivencia corresponden a hogares de cuartil de ingreso más bajo (primer cuartil). A medida que aumenta el ingreso, menor proporción de hogares presenta convivencia entre nietos y abuelos. Puede pensarse en ese tipo de convivencia en tanto factor de protección económica para el niño, por el hecho de los adultos mayores contar en media con mayores ingresos que la población joven. Esa convivencia puede ser vista también como estrategia de sobrevivencia familiar ante situaciones económicas desfavorables.

¹⁴ El re- casamiento de hombres viudos es mucho más frecuente que el de mujeres en la misma condición. Ver Cabella (2006).

¹⁵ Es considerada configuración nuclear monoparental aquella compuesta por hijos en convivencia con solo uno de sus progenitores.

¹⁶ En 2007 en el primer cuartil se ubican los hogares con ingreso per cápita inferior a aproximadamente 1,3 Salarios Mínimos Nacionales, en el segundo aquellos de entre 1,4 y 2,3; en el tercero aquellos entre 2,4 y 4, y en el cuarto aquellos con más de \$ 4,1 SMN. En 2001 en el primer cuartil se ubican aquellos hogares con ingreso per capita menor a 2,4 SMN, en el segundo aquellos entre 2,5 y 4; en el tercero aquellos entre 4,1 y 6,8 y en el cuarto de más de 6,9 SMN.

GRÁFICO 1
PORCENTAJE DE HOGARES CON JEFATURA ADULTO MAYOR Y NIETOS CONVIVIENTES SEGÚN CUARTILES DE INGRESO PER CAPITA DEL HOGAR. MONTEVIDEO, 2001 Y 2007



**Fuente: Elaboración propia en base a datos de la ECH 2001 y 2007.*

Pensando en la distribución de recursos al interior de los hogares, Pérez, Queiroz y Turra (2006) manejan la hipótesis de Becker, que describe la existencia de grados de altruismo en función de los cuales pueden existir transferencias de recursos desde el jefe para el hogar, de forma que la suma de utilidades de todos los miembros sea maximizada. Para el caso considerado, si ese tipo de transferencia se efectivase dentro de los hogares, ello llevaría a que fueran beneficiados los niños, en tanto miembros vulnerables del hogar.

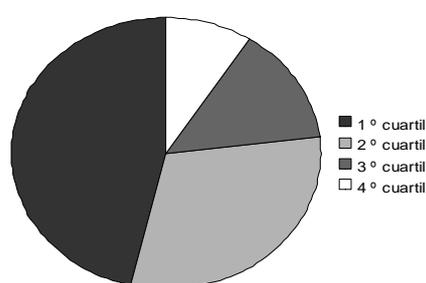
Guzmán y Henchuan (2007) señalan que en investigaciones del Banco mundial se ha demostrado que cuando los adultos mayores ejercen control sobre sus ingresos aumenta la probabilidad de que los gastos se destinen a cubrir las necesidades del hogar, como la escolaridad y la salud de los nietos. Sin embargo, como señalado por otros autores¹⁷, empíricamente se hace sumamente difícil distinguir en qué medida las transferencias son promovidas por sentimientos altruistas, y en que medida devienen de contratos implícitos establecidos entre los componentes del hogar. Es así que el modelo de existencia de dinámicas de intercambios al interior del hogar, basado en la teoría del “intercambio social” desarrollada por Antonucci y Lee y traída por Saad (1999) parece tener mayor alcance explicativo para esos fenómenos.

El flujo de intercambio de servicios al interior del hogar puede estar significando que los abuelos se ocupen en mayor medida de la crianza de los nietos, ya sea durante los tiempos

¹⁷ Al respecto de esa discusión ver Saad (1999).

en que los padres se ausentan del hogar, o en los casos en que los padres no viven en el mismo hogar. En el caso montevideano, del total de hogares en 2007 con nietos y abuelos convivientes, en el 41 % de ellos los padres del menor (o menores), no formaban parte del hogar. Esa distribución también está mediada por los diferenciales de ingreso, siendo que el 77 % de esos hogares corresponden a los dos cuartiles de ingresos más bajos (Gráfico 2).

GRÁFICO 2
PORCENTAJE DE HOGARES CON JEFE ADULTO MAYOR Y AL MENOS UN NIETO QUE NO VIVE CON NINGUNO DE SUS PADRES, SEGÚN CUARTILES DE INGRESO. MONTEVIDEO, 2007



**Fuente: Elaboración propia en base a datos de la ECH 2007.*

Al mismo tiempo, el hecho de que 60 % de los hogares en los que los nietos no viven con sus padres tenga jefatura femenina puede estar indicando que el componente de intercambio de servicios refleje un padrón de valores tradicionales, según el que la responsabilidad por el cuidado de los dependientes recae fundamentalmente sobre la mujer.

Del otro lado se hace preciso pensar en el aporte en términos de cuidados y servicios brindado desde los hijos/ nietos para el adulto mayor. Según la hipótesis de Lilliard y Willis (1997), los padres/ abuelos valoran más la atención y el cuidado provenientes de los hijos/nietos que aquellos obtenidos en el mercado, ya que estos tienen mayor utilidad que los últimos. La transferencia de recursos de las generaciones más viejas para las más jóvenes dependería de la elasticidad de la sustitución, de forma que los primeros pagarían más por los servicios en la medida en que no se encuentren servicios sustitutos en el mercado. De alguna manera, esta hipótesis puede dar cuenta de las diferencias de estos arreglos de convivencia entre los grupos de ingreso, en la medida en que los adultos mayores con mayor poder adquisitivo podrían tener acceso a servicios de mejor calidad en el mercado, que puedan constituirse como sustitutos de los otorgados por la familia. Piénsese por ejemplo en los servicios de compañía, en la asistencia de salud, y en posibilidades de acceso a bienes de recreación.

¿Cómo viven los adultos mayores?

La situación en el hogar de los adultos mayores refleja el efecto acumulado de eventos socio económicos, demográficos y de salud que ocurrieron durante el curso de vida de los individuos. Como señala Berquó:

O tamanho da prole, a mortalidade diferencial, o celibato, a viuvez, as separações, os recasamentos e as migrações, vão conformando, ao longo do tempo, distintos tipos de arranjos familiares e domésticos, os quais com o passar da idade adquirem características específicas, que podem colocar o idoso, do ponto de vista emocional e material, em situação de segurança o de vulnerabilidade (Berquó, 1996, p.25).

El propósito de esta sección es mostrar un amplio panorama de la situación en el hogar de los adultos mayores e intenta esbozar algunas hipótesis que den cuenta de ciertos procesos que llevan a ese grupo poblacional a vivir mayoritariamente en algunos tipos de configuraciones domésticas más que en otros. Este análisis considera, no ya los hogares como unidad principal del análisis, sino las personas de 65 y más años de edad. La pregunta clave que corre por detrás de esta sección plantea la existencia de una variedad de condiciones de vida que puedan estar más o menos cercanas a constituirse en situaciones de vulnerabilidad¹⁸.

La distribución de los adultos mayores según tipos de arreglos domésticos ha variado a lo largo del período 2001- 2007: mayor porcentaje de adultos mayores vive en hogares unipersonales, y menor porcentaje vive en hogares extendidos. En números absolutos el cambio ha operado en el mismo sentido. El porcentaje de ancianos viviendo en hogares nucleares – arreglo que concentra cerca de la mitad de la población adulto mayor – permaneció casi incambiado: disminuyeron los arreglos nucleares con hijos y aumentaron los nucleares sin hijos, siguiendo una tendencia similar a la del total de la población.

Sin embargo, esa distribución se ve bastante distorsionada si es estudiada a la luz de las diferencias en el ingreso per cápita de los hogares en los que esos adultos mayores viven.

¹⁸ Vulnerabilidad es aquí entendida en el sentido definido por Filgueira y Peri: “Se trata de una noción básicamente dinámica, que examina las condiciones y los factores de riesgo que pueden conducir a la condición de pobre. Indisolublemente asociada a esta perspectiva está la noción de activos y recursos de los hogares y de las personas como una forma de “capital” que pueden movilizar para su desempeño social”. Vulnerabilidad social es entendida como “la escasa capacidad de respuesta individual o grupal ante riesgos y contingencia y también como la predisposición a la caída del nivel de bienestar, derivada de una configuración de atributos negativa lograr retornos materiales y simbólicos. Por extensión, se puede afirmar que es también una predisposición negativa para la superación de condiciones adversas. Así, ciertas categorías sociales, como la determinada por la condición ocupacional, la pertenencia a determinados grupos étnicos, género o edades y sus combinaciones señalarán diversos tipos y grados de predisposición.(...)Además la noción de vulnerabilidad alude al riesgo en relación o frente a algo en la medida en que se entiende como propensión”. (Filgueira & Peri, 2004, p.21).

En el Cuadro III son mostrados los porcentajes que representan los diferentes tipos de hogar, distribuidos según cuartiles de ingreso. Puede notarse que todos los grupos definidos por el ingreso siguen un mismo padrón: crecimiento acentuado de los hogares unipersonales y reducción proporcional de hogares extendidos. Esa tendencia se verifica tanto para 2001 como para 2007, acentuándose en el último año.

CUADRO III
DISTRIBUCIÓN DE LOS ARREGLOS DOMÉSTICOS CON MAYORES DE 65 AÑOS
SEGÚN CUARTILES DE INGRESO, MONTEVIDEO, 2007

	Total	%	1 ° Cuartil	%	2° cuartil	%	3° Cuartil	%	4° Cuartil	%
Unipersonal	51.258	27,1	4.851	16,1	12.636	22,1	16.391	30,2	17.380	36,5
Nuclear sin hijos	59.689	31,6	6.203	20,6	19.323	33,8	18.004	33,2	16.159	33,9
Nuclear con hijos	32.225	17	5.429	18,1	9.985	17,4	9.135	16,8	7.676	16,1
Extendido	40.198	21,2	11.902	39,6	13.625	23,8	9.800	18,1	4.871	10,2
Compuesto	5.787	3,1	1.691	5,6	1.673	2,9	910	1,6	1.513	3,2
Total	189.157	100	30.076	100	57.242	100	54.240	100	47.599	100

**Fuente: Elaboración propia en base a datos de la ECH 2001 y 2007.*

Sin embargo, para los adultos mayores que viven en los hogares con menor ingreso per capita –primer cuartil – el peso proporcional de aquellos que viven en hogares unipersonales y nucleares sin hijos es considerablemente menor al de la población de los otros grupos de ingreso. Para ambos años el peso proporcional de los ancianos viviendo en configuraciones unipersonales aumenta a medida en que aumenta el ingreso del hogar. Lo opuesto ocurre con la proporción de los que viven en hogares nucleares con hijos y extendidos, que disminuye conforme aumenta el nivel de ingreso per capita. El porcentaje de adultos mayores viviendo en hogares nucleares sin hijos también tiende a aumentar a medida que aumenta el ingreso.

En resumen puede decirse que existen diferenciales importantes entre los arreglos domiciliarios según sea el nivel de ingreso del hogar: en los cuartiles más bajos la mayor proporción de adultos mayores vive en hogares extendidos y nucleares, y para los más altos esa población se concentra en los arreglos unipersonales y nucleares sin hijos.

¿Qué otros factores pueden explicar ese diferencial? Si bien la situación económica (medida en ingreso per cápita del hogar) es clave para explicar los diferenciales en los arreglos de convivencia de los adultos mayores, puede pensarse en un conjunto de factores que inciden en la conformación de hogares y que interactúan con los determinantes económicos. Los diferenciales de fecundidad entre grupo socioeconómicos, y las capacidades disímiles de las nuevas generaciones de establecerse en hogares independientes al de las que

les preceden, asociadas a la perspectiva de ciclo de vida familiar, permiten realizar un esbozo de los procesos que desembocan en esos diferenciales.

La emancipación de los jóvenes del hogar (ya sea en el caso de que estos formen una nueva pareja, salgan por motivos laborales o de estudio, migren, o decidan vivir de forma independiente) encuentra una traba insoslayable: falta de recursos financieros. El alto costo de alquileres y compra de inmuebles hace con que vivir con los padres (o con otras personas, familiares o no), sea una forma de enfrentar esas dificultades. Eso no ocurre tan marcadamente en los hogares donde el ingreso per cápita es mayor y también mayor la posibilidad de acceso a esos recursos. Así, entre los jóvenes de sectores medios y altos de Montevideo se ha evidenciado una tendencia a establecerse en residencias independientes de las generaciones que los preceden, ya sea como etapa de convivencia prematrimonial o como una etapa independiente del proceso de formación de pareja (Jelin, 1997). Por otro lado, fue relevado en un estudio de la CEPAL en 1996 acerca de las condiciones habitacionales de los jóvenes emancipados de 15 a 29 años, que un tercio de las parejas que no vivían con sus padres lo hacían ocupando viviendas que eran propiedad de alguno de los padres o de otros familiares y amigos (Filgueira, 1999). El efecto de las últimas crisis ha hecho que el acceso a compra o alquiler de bienes inmuebles sea dificultosa para amplios sectores de la población, por lo que para hacer frente a esa situación es frecuente encontrar en barrios carenciados terrenos compartidos, habitados en unidades de la vivienda relativamente independientes (Jelin, 1997). Los habitantes de esas diferentes unidades en muchos casos conforman un solo hogar, cuando existe un fondo común de alimentación.

Cabe señalar que desde la situación del adulto mayor, para la conformación de los hogares unipersonales se requiere de cierta suficiencia económica para la subsistencia, que puede no siempre estar garantida para el mismo, imposibilitando la formación de nuevos arreglos (Ariza & Oliveira, 2006). Esos factores pueden estar explicando no sólo el crecimiento de la proporción de ancianos de mas altos ingresos viviendo solos, sino que hablan además sobre la pérdida de peso relativo hacia 2007 de los hogares nucleares sin hijos entre los hogares de menores ingresos, asociado al mayor peso de los nucleares con hijos, pero sobre todo, al de los hogares extendidos.

Por otra parte se ha constatado (Guidotti, 2009) que a medida que aumenta la edad para los ancianos de menores ingresos –personales y per cápita del hogar – aumenta la porción de los que viven en hogares extendidos. Para los cuartiles más elevados, a medida que avanza la edad, encontramos que es mayor el peso relativo de aquellos adultos mayores viviendo solos. En ese marco, la hipótesis de la importancia del intercambio bidireccional de bienes y servicios dentro de los hogares de menores ingresos se ve reforzada.

El ingreso del adulto mayor y la cuestión de la solidaridad intergeneracional

Uno de los desafíos planteados en el presente trabajo es el de construir algunos indicadores que nos permitan conocer en qué medida y en cuáles situaciones el adulto mayor tiene una participación significativa en la provisión de ingresos del hogar. Para tal propósito intentaremos esbozar, en primer lugar, algunas de las características que presentan los adultos mayores en relación a su nivel de ingresos. Luego pondremos en consideración el peso del ingreso del adulto mayor en relación al ingreso per cápita del hogar, intentando vislumbrar si existen diferenciales según niveles de ingreso y tipos de arreglos domésticos.

Cabe hacer una apreciación con lo visto hasta aquí. Luego de analizar los datos sobre configuraciones domésticas, pudimos observar que los hogares con adultos mayores representaban en 2007 el 34% de los hogares montevideanos. Un 35 % de esos hogares eran conformados por una sola persona, lo que significaría que, según las estimativas realizadas a partir de datos de la ECH de 2007, aproximadamente 95.500 hogares montevideanos estarían conformados por personas de 65 años y más conviviendo con otras personas. A partir de ello pudimos apreciar que 23% de los hogares con adultos mayores son conformados por una pareja de edad avanzada, por lo que el número de hogares en los que efectivamente se producen intercambios intergeneracionales va a reducirse un tanto más, girando en torno de los 60.900: aproximadamente un 14% de los hogares montevideanos, o menos¹⁹. Esa reducción del universo donde ese tipo de intercambios puedan ser realizados no invalida la intención de este trabajo, pero sí permite dimensionar de mejor forma su alcance.

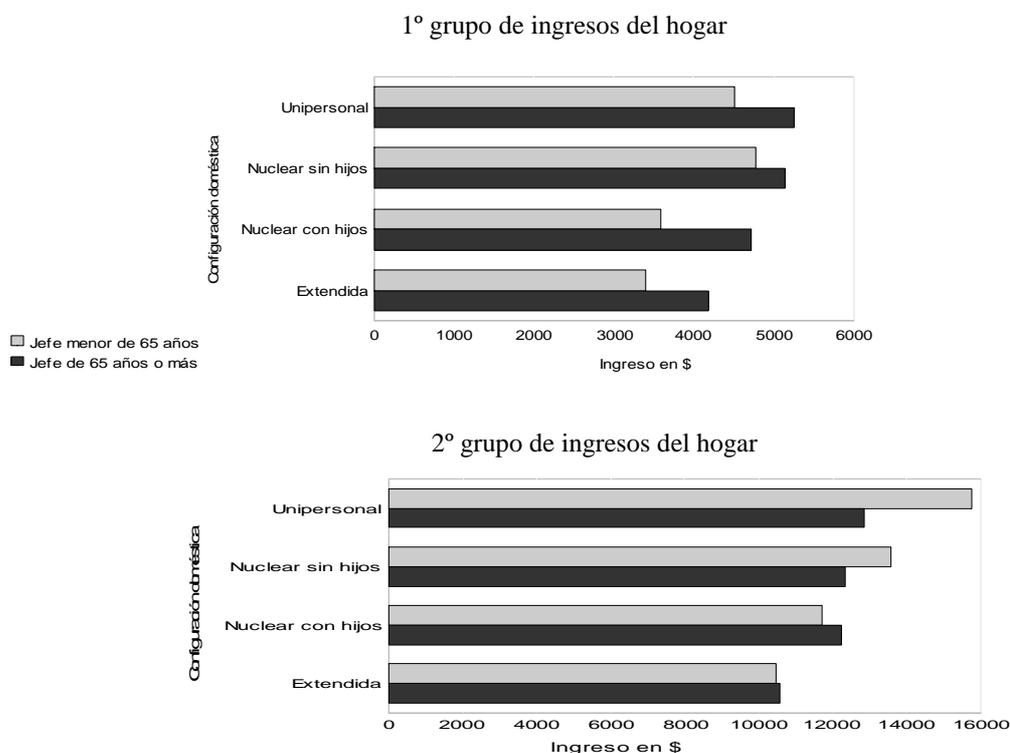
Mediana del ingreso

Una forma de medir la participación del adulto mayor en el total de ingresos domésticos es a través de la mediana del ingreso per cápita del hogar, comparando los valores asumidos en los hogares con jefatura adulto mayor y hogares con jefatura ejercida por un menor de 65 años. Esa confrontación se presenta en el Gráfico 3. En él se han distinguido los hogares según tipos de configuración doméstica y a modo de captar mejor las variaciones según grupos de ingreso per capita de los hogares, se han separado los hogares pertenecientes al primer y segundo cuartil de ingresos por un lado, y los de los dos cuartiles de ingresos más

¹⁹ Considerando los hogares extendidos en que conviven hermanos de edades no muy próximas, por ejemplo, ese número se reduciría aún más.

altos por otro. Aquí llamaremos primer grupo al de menor ingreso y segundo grupo al de mayor ingreso.

GRÁFICO 3
MEDIANA DEL INGRESO PER CAPITA DEL HOGAR (\$) SEGÚN EDAD DEL JEFE Y TIPO DE HOGAR. MONTEVIDEO, 2007



El Gráfico 3 muestra que el valor de la mediana del ingreso es mayor en los hogares unipersonales y en los nucleares, que en los extendidos. Para los hogares ubicados dentro del primer grupo de ingresos puede observarse que, cualquiera sea el tipo de configuración doméstica, la mediana del ingreso es más alta en aquellos hogares en donde la jefatura es ejercida por un anciano. También lo es en los hogares extendidos del segundo grupo de ingresos. Sin embargo, para los hogares unipersonales y nucleares sin hijos del segundo grupo, la mediana del ingreso es más alta en hogares sin jefatura adulto mayor. Esa distribución se presenta similar en el año 2001. Ello condice con la hipótesis trabajada por Filgueira (1999), que señala que los hogares con miembros jubilados o pensionistas en Uruguay presentan menor riesgo de caer bajo la línea de pobreza, debido a la amplia cobertura del sistema de seguridad social – particularmente en lo que respecta al sistema de jubilaciones y pensiones. Así es que dentro del contexto latinoamericano, Uruguay se ha destacado por presentar bajos niveles de incidencia de la pobreza entre personas mayores y hogares con personas mayores (Huenchuan & Guzmán, 2007). Sin embargo, ante ese

panorama se hace relevante pensar, como señala Paredes (2004), que probablemente los adultos mayores de hoy sean los últimos privilegiados en relación a las futuras generaciones de ancianos, debido a la coyuntura en la que desarrollaron sus historias personales y laborales. La situación de las actuales generaciones adultas, que envejecen en un contexto socioeconómico menos favorable – afectado por las crisis económicas recientes y altos niveles de desempleo – es sin duda, más incierta.

Contribución económica del adulto mayor al hogar

A modo de conocer el peso de la participación del ingreso del adulto mayor en los ingresos del hogar hemos calculado la razón del ingreso de los adultos mayores jefes de hogar en relación al ingreso per cápita del mismo. El Cuadro IV expresa esa razón, teniendo en cuenta los diferentes arreglos domésticos. En los casos en que los valores son inferiores a 1 significa que el aporte del adulto mayor está por debajo del ingreso medio per cápita del hogar; un valor mayor a 1 indica que está por encima de este²⁰.

CUADRO IV
RAZÓN DE INGRESO DEL ADULTO MAYOR EN RELACIÓN AL INGRESO PER
CAPITA DEL HOGAR SEGÚN GRUPOS DE INGRESO, SEXO Y TIPOS DE HOGAR,**
MONTEVIDEO 2007.

	Hombres		Mujeres	
	1º grupo	2º grupo	1º grupo	2º grupo
Unipersonal	0,88	0,88	0,81	0,83
Nuclear sin hijos	1,35	1,3	0,59	0,69
Nuclear con hijos	1,59	1,54	1,16	0,9
Extendida	1,83	1,66	1,37	1,05

**Fuente: Elaboración propia en base a datos de la ECH 2007.*

*** Los grupos de ingreso fueron delimitados con el mismo criterio que fue utilizado para la elaboración del Gráfico 3.*

En primer lugar, cabe destacar el hecho de que la participación del ingreso de los jefes adultos mayores hombres es mayor que el de las mujeres, cualquiera sea el arreglo doméstico. Como señalado por Saad, en términos de transferencias privadas, la probabilidad de recibir ayuda en dinero o bienes es significativamente más alta entre las mujeres adultas mayores que entre los hombres, al tiempo que la probabilidad de otorgar ayuda en dinero es significativamente mayor entre los hombres que entre las mujeres (Saad, 1999). Además, como mencionado anteriormente, para gran parte de las mujeres (especialmente aquellas del cuartil de ingreso más bajo) las pensiones son la fuente de ingreso principal. Los montos de

²⁰ El cálculo de los ingresos del hogar incluye las transferencias, alquileres, canastas y beneficios sociales recibidos por el hogar (considerados en tanto beneficios del hogar todo) más la sumatoria de ingresos personales de los miembros.

estas últimas tienden a ser menores, en media, que los ingresos percibidos por conceptos de jubilación.

Para ambos sexos la participación en el ingreso tiende a ser mayor para el grupo de ingresos más bajos, siendo más sustantiva la diferencia entre los grupos de ingreso para el caso de los hogares extendidos. En ellos la participación del jefe adulto mayor está por encima del ingreso per capita del hogar. En los hogares nucleares con hijos la participación del anciano es alta también, alcanzando el indicador niveles cercanos a la unidad. Ello otorga argumentos que refuerzan la hipótesis que señala que el aporte del adulto mayor es esencial para la manutención de la economía de los hogares económicamente menos favorecidos. Al mismo tiempo está indicando una mayor participación del ingreso del adulto mayor en aquellas configuraciones signadas por la convivencia de varias generaciones. Sin embargo, cabe recordar que ese análisis se limita a las transferencias al interior de los hogares, puesto que las fuentes de datos analizadas no nos brindan información sobre flujos de transferencias fuera de estos. Los datos aquí presentados nada dicen acerca de posibles transferencias desde hogares con adultos mayores viviendo solos o en pareja hacia otros hogares.

No obstante, un dato que no deja de llamar la atención es que la razón del ingreso del adulto mayor en los hogares unipersonales no alcanza la unidad, y es menor para las mujeres que para los hombres. Ello se explica por el componente de transferencias que reciben los hogares unipersonales que no es considerado como ingreso personal: ello puede estar abarcando tanto transferencias de origen público como privado. Huenchuan y Guzmán (2007) se cuestionan sobre si hecho de que las mujeres mayores presenten menores niveles de pobreza en algunos países se debe a que reciben ayuda familiar, lo cual compensaría sus limitadas oportunidades de recibir transferencias a través del sistema de seguridad social. Para el caso uruguayo no puede descartarse la posibilidad de que existan valores culturales que hagan que las transferencias de ayuda familiar para las mujeres adulto mayores sean más frecuentes que para los hombres. Sin embargo se hace necesario disponer de informaciones más específicas para acceder a un conocimiento preciso sobre las transferencias entre hogares.

Consideraciones finales

En primer lugar se hace preciso reconocer las limitaciones de los resultados presentados en este trabajo, de carácter básicamente exploratorio y descriptivo. Más que responder a las cuestiones planteadas, hemos intentado generar nuevas preguntas que posibiliten varias aproximaciones a la temática, repasando la cuestión de las condiciones de

vida del adulto mayor en su relación con la familia y el hogar. Ese acercamiento permite pensar en los flujos de intercambios de recursos dentro del hogar, así como en las estrategias que las familias despliegan para hacer frente a condiciones económicas desfavorables. Al mismo tiempo nos introduce en el discernimiento de diferentes formas de enfrentar la vejez, signadas por diferencias de género y por situaciones socioeconómicas y culturales distintas.

Por ese camino intentamos conocer en qué medida los adultos mayores, beneficiarios de un sistema de previsión social con alta cobertura que los coloca en situación económica relativamente favorecida en relación a los grupos más jóvenes, participan de dinámicas de redistribución de esos beneficios al interior de hogares donde conviven varias generaciones. El adentrarse en el conocimiento de ese escenario desemboca en el desafío de pensar en las condiciones de los jóvenes de hoy en relación a los escenarios futuros de vejez.

En cuanto a los cambios producidos entre los años estudiados, a pesar de no haber sido estos muy acentuados – principalmente debido a que se trabajó con un período relativamente corto – los datos han permitido distinguir algunas tendencias que parecen de mayor alcance. Entre ellas se destaca el aumento de los hogares de adultos mayores viviendo solos, especialmente de mujeres pertenecientes a los grupos de ingreso más altos. La perspectiva del ciclo de vida familiar parece fértil para la explicación de ese fenómeno, pero no da cuenta de él completamente, al tiempo que el peso de la desigualdad económica (medida a través de diferenciales de ingresos de los hogares) es un factor clave para comprenderla.

La contracara de esa tendencia está conformada por altas proporciones de ancianos de los grupos de menores ingresos viviendo en hogares extendidos, lo que podría estar significando que existen importantes flujos de intercambio de bienes y servicios al interior de esos hogares. Como hemos observado, en ellos el peso del ingreso del adulto mayor en el hogar es elevado, por lo que puede pensarse que ese intercambio podría estar funcionando como amortiguador ante situaciones de vulnerabilidad tanto para el anciano como para los otros miembros. Cabe recordar que muchos de esos miembros son niños, ya que es elevado el porcentaje de hogares extendidos en los que conviven nietos con abuelos jefes de hogar. Por otra parte la dificultad de acceso de las generaciones más jóvenes a una vivienda independiente se revela como un factor importante para explicar ese fenómeno, que se acentúa en los hogares con ingresos más bajos.

Sin embargo la tendencia en el período estudiado es a la disminución de los arreglos extendidos, inclusive en aquella población que desde diferentes áreas puede identificarse como la más vulnerable: para los ancianos de edades más altas y para aquellos con ingresos más bajos. Es en el caso en que ambas situaciones se superponen –menores ingresos y edad

más avanzada – donde no ha operado una reducción importante en el peso relativo de estos. Ello induce a pensar en el papel protector de los miembros del hogar ante condiciones de mayor vulnerabilidad.

El aumento de la jefatura de hogar femenina aparece como otra de las tendencias que evidencian señales en el período estudiado. El aumento de los hogares unipersonales explica parte de esa tendencia, pero no la explica en su totalidad. Los cambios en los arreglos domésticos y en los padrones culturales de la asignación del rol de jefatura – lo que implica cambios en la distribución de poderes y la adjudicación de roles entre géneros al interior del hogar – parecen encontrarse por detrás de ese fenómeno.

Finalmente, cabe señalar que esas tendencias y sus implicaciones ratifican la importancia del intercambio intergeneracional al interior de los hogares, especialmente en aquellos con menores recursos económicos, en donde el rol del adulto mayor parece ser un componente central en la dinámica de las estrategias de supervivencia de los mismos, permitiendo que el relativo bienestar económico de ese grupo de edad se filtre hacia las generaciones más jóvenes.

Esas constataciones nos colocan ante el desafío de continuar ahondando en el conocimiento de esos procesos, enmarcados en un contexto – nacional e internacional – que deposita interés creciente en dicha temática.

Referencias bibliográficas

Ariza, M; Oliveira, O. 2006. “Familias, pobreza y desigualdad social en Latinoamérica: una mirada comparativa”. Trabajo presentado en el II Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población. Guadalajara, México.

Berquó, E. 1996. “Algumas Considerações Demográficas sobre o Envelhecimento Populacional no Brasil”. Trabalho preparado para o Seminário Internacional sobre Envelhecimento Populacional: uma agenda para o fim do século. Brasília.

Bilac, E. 2003. Estructuras familiares e padrões de residência, Mimeo, Campinas: Núcleo de Estudos Populacionais, Universidade Estadual de Campinas.

Bucheli, M.; Forteza, A.; Rossi I. 2006. "Seguridad social y género en Uruguay: un análisis de las diferencias de acceso a la jubilación". Documento de Trabajo n°4/06. Departamento de Economía, Universidad de la República.

Cabella, W. 2006. “Dissoluções e formação de novas uniões: uma análise demográfica das tendências recentes no Uruguai” . Tesis de doctorado en Demografía presentada al

Departamento de Demografía del Instituto de Filosofía e Ciências Humanas de la Universidade Estadual de Campinas.

Cabella, W. 2007. “El cambio familiar en Uruguay: una breve reseña de las tendencias recientes”. UNFPA: Serie Divulgación. Ed. Trilce, Montevideo.

Camarano, A. A. y Pasinato, M.T. 2002. “Envelhecimento, Condições de Vida e Política Previdenciária. Como ficam as mulheres?” Trabalho apresentado no XIII Encontro da Associação Brasileira de Estudos Populacionais, Ouro Preto, Minas Gerais, Brasil.

Camarano, A. A.; Kanso, S.; Mello, J. L.; Pasinato, M. T. 2004 “Famílias: Espaço de compartilhamento de recursos e vulnerabilidades”. Em Os novos idosos brasileiros: muito além dos 60? :Camarano A.A. (org).IPEA, Rio de Janeiro.

Elder, J. 1987. “Families and lives: Some developments in life-course studies”. Journal of Family History, vol. 12, n 13.

Fernandes, A. 2001. “Velhice, Solidariedades Familiares e Política Social. Itinerário de pesquisa em torno do aumento da esperança de vida”. Sociologia, Problemas e Práticas, 6, pp. 39-52.

Filgueira, C. 1999. Desarrollo humano en Uruguay. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) Uruguay.

Filgueira, C.; Fuentes, A.1996. Sobre revoluciones ocultas: la familia en el Uruguay. Montevideo: CEPAL.

Filgueira, C.; Peri, A. 2004. América Latina: los rostros de la pobreza y sus causas determinantes. CELADE.

Goldani, A. M. 1984. “A Demografia “formal” da família: Técnicas e dados censitários” Anais do IV Encontro Nacional de Estudos Populacionais, Associação Brasileira de Estudos Populacionais.

Guidotti, C. 2009. La condición del adulto mayor en los hogares de Montevideo. Monografía final presentada a la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de La República. Montevideo.

Guzmán, J.M.; Huenchuán, S.; Montes de Oca, V. (2003) “Redes de apoyo social de las personas mayores: marco conceptual” En: Notas de Población N° 77. CELADE. Santiago de Chile. pp. 35-70.

Huenchuan, S.; Guzmán, J. 2007. “Seguridad Económica y Pobreza en la Vejez: Tensiones, Expresiones y Desafíos para Políticas”. En Notas de Población N° 83, CELADE, pp. 99-126.

Instituto Nacional de Estadística, 2002. Siglo XX. Las variables estadísticas relevantes. I Área sociodemográfica. Fascículo 1.3: La familia y el hogar. Disponible en www.ine.gub.uy Acceso en Jul. 2009.

_____ 2005. Censo 2004- Fase1. Síntesis de resultados. Disponible en www.ine.gub.uy Acceso en Jul. 2009.

_____ 2006. Metodologías, Encuesta Nacional de Hogares Ampliada, 2006. Disponible en: <www.ine.gub.uy/biblioteca/metodologias/ech/metodologia%20enha%202006.pdf> Acceso en jul. 2009.

_____ 2007. Manual del entrevistador, Encuesta Continua de Hogares 2007. Disponible en www.ine.gub.uy Acceso en Jul. 2009.

Jelin, E. 1997. “La tensión entre el respeto a la privacidad y las responsabilidades del estado”. En: Género, familia y políticas sociales: Modelos para armar. Fassler, C.; Saráchaga, D.; Hauser, P.; Iens, I. Org. Ed. Trilce.

Lillard, L. A.; Willis, R. J. 1997. “Motives for Intergenerational Transfers: Evidence from Malaysia”. Demography, Vol. 34, Parte 1, The Demography of Aging.

Oliveira, M. C. F. A. 1982. “Algumas Notas Sobre O Ciclo Vital Como Perspectiva de Análise”. En: II Encontro Nacional de Estudos Populacionais, Águas de São Pedro-SP. Anais do II Encontro Nacional de Estudos Populacionais. Belo Horizonte - MG : ABEP, 1982. v. 02.

Paredes, M. 2004. “Envejecimiento demográfico y relación entre generaciones en Uruguay” Trabajo presentado en el I Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, ALAP, Caxambú, MG, Brasil.

Paredes, M. 2008. “Estructura de edades y envejecimiento de la población. Demografía de una sociedad en transición”: En: La población uruguaya a inicios del siglo XXI. Carmen Varela Petito coord. Trilce, Montevideo.

Pérez, E.; Queiroz, B. Turra, C. 2006. “Abuelos y nietos, ¿una convivencia beneficiosa para los más jóvenes? El caso de Brasil y Perú”. Trabajo presentado en el II Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población. Guadalajara, México.

Saad, P. M. 1999. “Transferências de apoio entre gerações no Brasil: um estudo para São Paulo e Fortaleza”. Em: Muito além dos 60: os novos idosos brasileiros. Camarano, A. A. Org. IPEA, Rio de Janeiro.

Saad, P. M. 2003 “Transferencias informales de apoyo de los adultos mayores en America Latina y el Caribe: estudio comparativo de encuestas SABE”. Notas de Población, n. 77, CELADE. p. 175-217,.

Sweet, J. 1977. “Demography and the Family”. Annual Review of Sociology, v.3.

Therborn, G. 2006. Sexo e poder. A família no mundo 1900- 2000. São Paulo. Contexto.

Varela Petito, C. 2007. “Fecundidad. Propuestas para la formulación de políticas”. En: Importante pero urgente: Políticas de población en Uruguay. Calvo J.J.; Mieres, P. Ed. UNFPA, Rumbos, Montevideo.